



CERVANTES
Y LA
FILOSOFÍA ESPAÑOLA,
POR
D. FEDERICO DE CASTRO.



SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS y ORDUÑA, Lineros 2 y Lagar 3 y 5.

1870.

CERVANTES

Y LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.



I.

Apénas el natural progreso de nuestro renacimiento científico hace sentir la necesidad de estudios fundamentales, y las leyes de la continuidad de la vida obligan á anudar el roto hilo de nuestra tradicion filosófica, cuando el nombre de Cervantes se pronuncia entre el de aquellos grandes y atrevidos pensadores que, reivindicando los desconocidos derechos de la razon, asentaron la Ciencia humana en cimiento inquebrantable, y la aseguraron para lo porvenir, si inacabable obra, perfeccion continua.

Azcárate, el primero que entre nosotros escribe una *Exposicion* séria y original, hasta ahora sin imitadores, *de los modernos sistemas filosóficos*, afirma, en el entusiasta discurso con que la termina, «que el gran mérito de Cervantes fué el »haber penetrado con ojo de águila el espíritu oriental-místico »de su siglo: y viéndole extraviado con las raras ilusiones de apariciones de espíritus, vestiglos, gigantes, brujas, vampiros y mil »sueños presentados como realidades, le aplicó el remedio en la »práctica de la vida con su héroe, »vestido de formas adaptables »á sabios é ignorantes, causando en las ideas una revolucion, que

»en aquel acto estaba causando en la teoría de la Ciencia el
 »gran Descartes;» y concluye: «¡Alma elevada de Cervantes, al-
 »ma elevada de Descartes! vosotras fuisteis, aunque por dis-
 »tintos rumbos, las dos lumbreras del siglo xvii; ámbos disi-
 »pásteis las sombras que impedían el paso á la luz; ámbos dis-
 »teis á conocer la realidad de las cosas; ámbos proclamásteis la
 »evidencia como primer criterio de la verdad; ámbos fuisteis los
 »bienhechores de la Humanidad, y poderosamente influyentes
 »en los destinos del mundo (1).»

Poco despues (2) el más poeta de nuestros filósofos y el
 más filósofo de nuestros poetas (3), al par que estremecía las
 tradicionales bóvedas de la Academia Española con tan auda-
 ces como hasta entónces allí no pronunciados asertos, expre-
 saba este mismo pensamiento con su genial franqueza: «Gomez
 »Pereyra y Cervantes, escribe (4), verdaderos fundadores del
 »psicologismo moderno, son los primeros que intentaron certi-
 »ficarse de su existencia, para partir, en sus investigaciones,
 »de un principio cierto. El famoso entimema de Descartes:
 »Pienso, luego soy,—está copiado al pié de la letra de este silo-
 »gismo de Gomez Pereyra: Lo que conoce, es: Yo conozco,
 »luego yo soy.—Y Cervantes en su original poema, cuando
 »D. Quijote cuenta lo que vió en la cueva de Montesinos, dra-
 »matiza este mismo principio filosófico del modo siguiente:
 »Despabilé los ojos, limpiélos, y vi que no dormía, sino que
 »realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza
 »y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí es-
 »taba ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el
 »sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me
 »certificaron que era yo allí entónces el que soy aquí ahora.
 »—Con este razonamiento psicológico, el Hidalgo Manchego,

(1) *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos y verdaderos principios de la Ciencia.* Tomo IV, página 211.—Madrid, 1861, Mellado.

(2) 1862.

(3) Campoamor.

(4) *Discurso* leído ante la Real Academia Española en 7 de Marzo de 1862. Pág. 29.

»no solamente prueba que existe, porque piensa, ó, como él dice, porque hace *discursos concertados*, sino que existe con *identidad* de conciencia, *habiendo sido allí entónces el mismo que es aquí ahora.*»

Bien se me alcanza que no han de faltar autoridades literarias y críticas, que á tales opiniones sonrian desdeñosamente, creyéndolas efecto del irreflexivo arrebato y de la juvenil poesía con que toda nueva institucion busca en lo pasado esclarecido abolengo y poderosos valedores, si yá no lo estiman como prueba fehaciente de la pobreza ó incapacidad de nuestro génio filosófico, que, á falta de propias glorias, intenta engalanarse con las ajenas; porque, áun dado que en algun punto y por alguna manera parecieran fundadas aquellas apreciaciones, lo que acaso, dirán, excede los limites de lo equitativo, ¿qué interés pueden tener para la más reflexiva y sistemática de las ciencias los juicios de un novelista, de un poeta, que, cuanto por insigne lo ensalcemos tanto lo hemos de considerar arrebatado por intuicion inconsciente, por ese espíritu interior (*spiritus intus alit*) de que Horacio habla? Pero precisamente es en el carácter poético de Cervantes en lo que fundamos el interés de conocer sus pensamientos. No sin razon citaron Platon y Aristóteles en apoyo de sus teorías versos de Homero, ni creó cátedras la Italia para explicar la *Divina Comedia*. Si la naturaleza de la epopeya consiste en revelar artisticamente los grandes movimientos de la Humanidad y el ideal del pueblo que los dirige ¡cuánto valor no han de tener sus más ligeras indicaciones acerca de las tendencias y aptitudes nacionales! En la épica, el cantor desaparece; es el pueblo el gran actor, que, cumplida la mision divina y el heróico hecho en que necesita desplegar todas sus fuerzas latentes para guiar á la Humanidad en uno de los supremos momentos de la Historia, se revela á sí mismo; él es el que graba en el tiempo, con los indelebles caractéres de lo bello, su alta dignidad y su inmortal destino.

Ni valga replicar que Cervantes no pensó nunca.... porque aquí no se trata de lo que Cervantes pensára, sino de lo que, como artista, realizó; y sabido es que en este género de creaciones la realidad excede infinitamente á la potencia re-

flexiva del órgano que la enuncia; que sólo á este titulo el hombre se llama *genio* y se reputan sus obras por universales, imperecederas é inagotables.

Mas ¿es un épico Cervantes? Nadie se ha encontrado en mejores circunstancias, ni con más facultades para serlo. Nacido en el crítico instante en que el espiritualismo exclusivo que ha dirigido toda la Edad Media, ha dado sus frutos y mostrado tambien sus limitaciones, y en que, merced á la providencial caída del imperio bizantino, el naturalismo clásico reaparece con las elevadas concepciones de Platon, Aristóteles y Zenon, y con los inimitables versos de Homero y Esquilo; bastante adelantados yá los tiempos para que entrambas teorías se hayan hecho parte de la vida moderna, cuando ésta vá á presentarlas yá como de conciencia propia en los sistemas de Descartes y de Bacon; hijo de un pueblo que, luchando con el Oriente, ha conservado más que otro alguno la tradicion clásica, y que, dueño ahora de los destinos del mundo, pasea su triunfante pabellon por todo el Antiguo y Nuevo Continente, el autor del *Quijote* de tal manera se confunde con el espíritu de su pueblo, que uno de sus más discretos comentadores (1) ha creído ver en su libro inmortal una *auto-biografía*, y es de tal manera universal, que no hay entre los profanos quien cuente tan considerable número de lectores.

Cervantes es, como español, guerrero y poeta; pero aunque religioso, no fué eclesiástico. Soldado, combate con los enemigos tradicionales de su pátria, en mar y tierra; pero no mancha su espada en las antinacionales luchas que provoca la ambicion austriaca. Ve, como su pais, malogrados los esfuerzos de Lepanto; como él, es abandonado en África, y su alto heroismo militar y moral, en vez de lauros, le acarrea persecuciones. Intenta salvar el Océano y pasar á América; pero una administracion que yá no es española le impide sus propósitos, como acaso impidió al genio nacional desplegar sus nativas cualidades en las vírgenes tierras del Nuevo Mundo. Poeta, cultiva los dos únicos géneros que quedan populares, el drama y la novela. La más insigne de sus producciones,

(1) Benjumea.

desdeñada por los doctos y condenada por los fanáticos (1), es salvada por el instinto superior del pueblo, que en aquella misma época salvaba también el más original de los teatros europeos, apesar de su propio autor, como más adelante habia de salvar su independencia, apesar de su propio rey. Su obra más querida es aún un problema, un presentimiento irreflexivo, incompleto acaso; pero un rayo de luz, aunque crepuscular, que anuncia nuestro papel en lo presente.

Al comenzar nuestra Edad, Cervantes, que la abrazó entera, debió presentirnos. Hoy, que la Edad Moderna termina, comienza á entenderse á Cervantes.

Por eso ya pocos creen que el mérito del *Quijote* consista en haber desterrado la afición á los libros de caballería, que continuó mucho tiempo despues de su publicación, sin amenjarse: libros que ofrecían, en concepto del que se supone su desterrador, *largo y espacioso campo para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos* (2). Mas, fuera ó nó éste su propósito, que aquí no pretendemos inquirir intenciones, es lo cierto, que confiesa haberlo excedido (3), y que, llevado de su propio genio y apremiado por las necesidades intelectuales y morales de su siglo, retrató en sus héroes la lucha entre el espiritualismo místico y el sensualismo materialista, que por todas partes se empeñaba en el terreno de la Filosofía y en el terreno de la Historia.

(1) Apesar de que en este punto los hechos son tan multiplicados como conocidos, no podemos resistir al deseo de copiar las siguientes líneas, tomadas del prólogo de *El caballero Venturoso, con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances adversos y prósperos*, escrito en 1617 por D. Juan Valldares de Valdelomar, clérigo de la ciudad de Córdoba, y que dicen así: «Harás, pues, que (como autor sacerdote y solitario) no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*, no las batallas fingidas del *Caballero del Febo*, no sátiras y cautelas del agradable *Picaro*, no los amores de la pérfida *Celestina* y sus embustes, tizonos del infierno, ni ménos las *ridículas y disparatadas fisgas de Don Quijote de la Mancha*, que mayor la deja en los ánimos de los que la leen con el perdimiento de tiempo.»

(2) Final del cap. XLVII y principios del XLVIII de la Primera Parte.

(3) que para hacer burla de tantas hazañas que hicieron tantos andantes caballeros *bastaban las dos* que él hizo tan á gusto y beneplácito de aquel reino.

II.

Dos diversos y aún contrarios sentidos filosóficos se disputaban el dominio de las inteligencias, cuando escribió Cervantes. El Escolasticismo, apegado á la autoridad y la tradición, y las nuevas escuelas hijas del Renacimiento, que más ó ménos propendian á la libertad del espíritu. Que Cervantes fué poco amigo del primerò, es cosa que se evidencia con sólo conocer su vida y hojear sus libros. Tiene por maestro á Luis Lopez de Hoyos, partidario de las nuevas ideas (1); y, sea Blanco de Paz ó Aliaga, es un dominico el que lo persigue. Acérrimos defensores los escolásticos de la autoridad, plagaban de citas sus obras, y Cervantes se burla en el Prólogo del *Quijote* de la manera de procurarse sentencias y de mostrarse eruditos (2). Creían que su bárbaro latin era el único idioma digno de las Ciencias y la Literatura, y *Urganda la Desconocida* dice al Libro de Cervantes:

«Pues al cielo no le plu-

(1) Nos apresuramos á copiar de los eruditos *Estudios sobre la Historia de las Universidades españolas*, que con tanto aplauso está publicando en el BOLETIN-REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID nuestro querido amigo Don Francisco Fernandez y Gonzalez, las siguientes líneas en apoyo de esta opinion: «Extirpaban» (al Escolasticismo ó bárbara sofisteria, como entónces le designaban los doctos) «de Valencia el esfuerzo de Matamoros y de Honorato Juan; en Alcalá era arrojado vergonzosamente por el canciller Luis de la Cadena, quedando desautorizado en Madrid ante la erudicion y doctrina del presbítero Luis Lopez de Hoyos, maestro de Cervantes.» BOLETIN-REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID, núm. 7, pág. 346.

(2) Para que se vea que esta agudísima burla mortificó no poco á aquellos á quienes iba dirigida, copiamos las siguientes palabras de los *Proverbios morales* de Bartolomé Jimenez Paton, citado por D. Adolfo de Castro. «Algunos tienen semejantes catálogos por ociosos y dicen es vana ostentacion por no ser de importancia, y es que no saben el fin con que los autores los hacen.... Con esto se entenderá cómo en este libro y en otros no es ostentacion vana de comenzar en Avicena y acabar en Jenofonte, como algunos momos suelen murmurar.» La alusion á Cervantes no puede ser más clara.

»Que salieses tan ladi-
 »Como el Negro Juan Lati-
 »Hablar latines rehu-»

é insistiendo siempre en que

«No me despuntes de agu-
 »Ni me alegues con filo-»

llama *mutatio caparum* al cambio de albardas. No quisiéramos multiplicar las citas; pero no podemos dejar pasar, por lo mucho que conviene á nuestro propósito, el

«Pero al fin tienes el ingenio lego (1),» del *Viaje al Parnaso*.

Tristes, pero necesarios resultados de la *ciega obediencia*, debieron de ser de una parte la intolerancia, que entre los escolásticos no sólo alcanza á los enemigos de la Fé, sino que se mantiene de escuela á escuela, aunque ellas tuvieran por fundadores sábios y santos; de otra el Formalismo; porque desde el momento en que se sustituye una imposición exterior al racional convencimiento, hay que contentarse con que las prácticas externas se cumplan, siendo la conciencia por su naturaleza impenetrable. Pues bien; Cervantes describe con vivos colores, en la Segunda Parte del *Quijote*, los procedimientos ridículamente crueles de los inquisidores, que atormentan á Sancho sin lograr asustarle con aquellas infernales llamas y diablos pintados que ni *le queman ni se lo llevan*; y en el *Rinconete y Cortadillo* nos habla de las *candelicas* ofrecidas á la Virgen porque proteja los hurtos; de aquellas misas mandadas decir por Monipodio al capellan de la Hermandad, en *naufragio* de las almas de los ladrones muertos en el ejercicio de su *honrosa* profesion, y se detiene en referirnos los milagros hechos por la Madre de Dios en favor de tan singulares devotos.

Por si estas pruebas no bastáran para señalar el puesto que Cervantes ocupó en aquella terrible contienda, y para explicar acaso las desgracias que le atormentaron en vida y el

(1) Cap. 6.º En el 8.º se lee tambien:

«Otros (*aunque latinos*) desesperan
 »De tocar del laurel sólo una hoja.»

alto lugar que le ha señalado la posteridad, hemos de concluir con una, que nos parece de todo punto irrecusable. Encerrado el V. P. M. Fray Luis de Leon en las prisiones secretas de la Inquisicion, como sospechoso del crimen de herejia, escribió en las paredes de su calabozo aquellas conocidas quintillas, que comienzan:

«Aquí la envidia y mentira

»Me tuvieron encerrado.»

Un Fray Domingo de Guzman quiso concluir la obra del Santo Oficio con esta glosa, en que ensalza al *justificado tribunal* y denuesta al M. Leon (1).

Porque las dañosas leyes
y sectas de perdicion
no estragasen su nacion,
nuestros Católicos Reyes
fundaron la Inquisicion.

—
La cual, como fué trazada
estando Dios á la mira,
salió tan bien acertada,
que jamás pudieron nada
aquí la envidia y mentira.

—
Es su justicia tan recta,
que ningun falso testigo
ni disimulado amigo
emprendió hacer treta
que quedase sin castigo.

—
Ansi que es temeridad
decir el más descargado,
en la cárcel de verdad,
con mentira y falsedad,
me tuvieron encerrado.

(1) Existe en el código M. 243, de la Biblioteca Nacional, y ha sido impresa por D. Adolfo de Castro, de quien nos tomamos la libertad de transcribirla.

Que muy poquitos han preso
 que no estén por sus pecados,
 si no quemados, tiznados,
 porque juzgan con gran peso
 en estos sacros estados.

Otro melindre gracioso
 que diga un hombre privado,
 siendo un pobre religioso,
 con un modo muy brioso,
dichoso el humilde estado.

¿Qué D. Álvaro de Luna?
 ¿qué Anibal Cartaginés?
 ¿qué Francisco rey francés
 se queja de la fortuna
 que le ha traído á sus piés (1)?

Retiraos con reverencia
 y con tanto desgaire,
 no tiren piedras al aire:
Deo gratias, Padre, paciencia,
 mirad que sois hombre y fraire.

Y en cuanto á fraire subjecto
 á lo que habeis profesado
 para el estado perfecto,
 en cuanto hombre á cualquier defecto
de aqueste mundo malvado.

Arrogancia es mal de males

 en su furia infernal
 no hay puerta por do no pasa,

(1) Compárense estos versos con los que copiamos de Cervantes al final de este artículo.

aunque cubra su quicial
con un saco de sayal
y con pobre mesa y casa.

Ya la humildad se fué al Cielo
despues que entró á rienda suelta
la vanidad en el suelo.
No habia esta grima y grita
en aquel siglo dichoso,
cuando nuestros eremitas
tenian casas y ermitas
en el campo deleitoso.

En la córte de los reyes
ambicion juega sus tretas;
mas entre gentes perfectas
no se conocian leyes
ni se temian sus sectas.

Que el sábio que se desvía
del mundo y dél se descasa,
tal enemistad le cria,
que yendo en su compañía
á solas su vida pasa.

No le levanta el honor
ni el deshonor le entristece,
ni jamás le desvanece
la voz del adulator,
ni la del mal fin le empece.

Al tener y al no tener
con una tasa le tasa,
no estima el ser y el no ser,
y en hacer y deshacer
con sólo Dios se compasa.

Nada le desasosiega
al que vive con llaneza,
porque la simple pobreza
muy pocas veces le ciega
con vaguidos de cabeza.

—
Ansi que, si pretendeis
acá y acullá reposo,
humillaos, no os empineis,
de esta suerte vivireis
ni envidiado ni envidioso.

—
Cervantes se hace cargo de esta glosa en los versos de *Urganda*, y él, que sabe respetar á sus más encarnizados enemigos, designa con el despreciativo epíteto de *mofante* al atormentador del místico catedrático salmantino.

Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
¿qué don Álvaro de Lu-
qué Anibal el de Carta-
qué rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-?

Cervantes fué perseguido por la intolerancia; Cervantes fué amigo de sus víctimas.

Hoy, que hemos alcanzado la libertad de pensar, ¡honor y gloria á Cervantes!

III.

Cultivando la filosofía escolástica exclusivamente *el entendimiento discursivo*, como de consuno lo pedían su origen y su mision histórica, degeneró bien pronto en un *formalismo lógico*, cuyas mayores eran suministradas por la Teología: miraba desde el Espíritu y su particularidad á la Naturaleza, que desde tal punto de vista debió aparecerle como enemiga, y, mezclando confusamente pensamientos aristotélicos á ideas

cristianas, desconfió de la experiencia sensible; hija de la autoridad, y no distinguiendo suficientemente la razón del entendimiento (1), creyó, como Aristóteles, que los primeros principios están fuera de la Ciencia, y parecióle toda investigación racional una herejía. Así cerrados los ojos al Universo y á Dios, pretendió el imposible de vivir aislada en las nociones del entendimiento (2) no reparando que, áun las mayores abstracciones, suponen necesariamente conocimientos sensibles y racionales. Bien es verdad que la historia de su vida, ora inclinándose con el *realismo* á un idealismo panteísta, que llega á negar la realidad de los individuos, ora con el *nominalismo* á un sensualismo materialista y ateo, que niega la realidad de las ideas generales, viene á desmentirla; pero si nunca es posible que prescinda el hombre por completo de la naturaleza humana, hizo tanto de su parte, que nuestro Lulio pudo reducir la Ciencia á un mero arte combinatorio. Hasta la lengua misma de que los escolásticos se servían, expresión como siempre de las ideas, que más que latin pudiera llamarse una abstracción de los diferentes romances, manifiesta exteriormente su falta de sentido práctico y de vuelo científico.

(1) Véase en las siguientes palabras de Gerson cómo el carácter de la razón y las notas que la distinguen del entendimiento no eran desconocidas á los místicos, aunque, por otra parte, pequen por precipitar el análisis y concluyan por aniquilar el sujeto pensante.

»Intelligentia simplex est vis animæ cognoscitiva suscipiens immediate à Deo naturalem quamdam lucem in qua et per quam principia prima cognoscuntur esse vera et certissima, terminis tantum apprehensivis.—Ratio autem velut in horizonte duorum mundorum, videlicet spiritualis et corporalis, constituitur.

»Mysticæ finis supremus est raptus non imaginationis aut rationis, sed mentis, qui quidem raptus etiam excessus mentis dicitur, ita ut mens tota in Deo quem unice amat absorpta quiescat, eique intime unita inhaerens unus cum ipso spiritu fiat per perfectam voluntatis conformitatem.»

(2) «Se ofrecía una dificultad? Faltaban datos, -noticias para resolverla? Se echaba por el atajo; en vez de estribar sobre un hecho, se estribaba sobre un pensamiento; en lugar de un raciocinio sólido, se ponía una abstracción cavilosa.... Esto acarreó gravísimo daño al espíritu; porque, absorbida toda la atención en su objeto predilecto (la dialéctica), miró con indiferencia la parte sólida de las Ciencias.» (Balnes, *Prot. comp. con el Cat.* tomo iv, página 248.)

El anhelo piadoso de las almas, encerrado en tan estrecho círculo, buscó en el sentimiento creyente y en la intuición inmediata lo que el vano conceptualismo de los filósofos no acertaba á darle para alimentar sus religiosas aspiraciones; y, con efecto la mística aparece, desde el principio de la Edad Media, como un proceso paralelo y contrario dentro de la Teología, que vá graduándose hasta llegar á producir varones que, como San Bernardo y San Buenaventura, no son indignos de compararse con Scoto y con el Ángel de las Escuelas. También la Naturaleza y la experiencia hallaron distinguido intérprete en el franciscano Bacon, prodigio de su tiempo; pero el *Doctor admirable* debía pagar, encerrado por sus hermanos en un calabozo, el crimen, que nunca perdonan las medianías, de haberse adelantado tres siglos á sus contemporáneos.

Mas si la Historia y la razon nos enseñan que tales fueron y debieron ser las tendencias de gran número de claros espíritus, cuando las dos grandes obras de la Edad Media, la cristianización de los bárbaros y la constitución jerárquica de la Iglesia, necesitaban del auxilio de todas las inteligencias, ¿cuánta intensidad no debieron cobrar, cumplidas éstas, á lo ménos en su parte más principal, al aparecer providencialmente en Europa el neoplatonismo y el verdadero Aristóteles con Gemistio Pléthon y el Cardenal Besarion, con Jorge Scholario, Teodoro de Gaza, Jorge de Trebisonda y tantos otros como repartió por Italia y por Europa la frustrada avenencia del Concilio Florentino y la toma de Constantinopla por los turcos? Entónces, como siempre, en el órden divino de la vida, la aparición de nuevos órganos vino acompañada de la producción del necesario alimento.

Por fundamentales y profundas que sean las diferencias que separan al místico del sensualista, y lo son tanto, que forman los términos extremos de una escala, basándose ámbos en facultades receptivas, aseguran á la Filosofía un contenido real que la convierte de adjetiva en sustantiva; la señalan dominio propio, prenda segura de su independencia y de su libertad, y, sacándola de la generalidad abstracta, la colocan en el individuo humano, que, mediante ella, ha de ser educado y dirigido. Intimación gradual del sujeto con la Naturaleza

ó con Dios, es el sujeto quien hace, dirige y juzga; de aquí alardes de independenciam que, aunque tímidos, debieron alar-
mar la autoridad (1); de aquí una originalidad cada vez más
rica, que lentamente se apartaba de la tradición; de aquí un
carácter más popular y práctico; de aquí que, abandonando el
latín, se comenzára á pensar en las nuevas lenguas (2), señal

(1) «Lo que yo de algunos temo, es que disgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humane Dios tanto con nadie, que no lo pensarían si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, qué dudan de que hable con el hombre?» (Fr. Luis de Leon, *Prólogo á las obras de Santa Teresa*, pág. 4, tomo 53 de la *Biblioteca de Auts. Esp.*); y más adelante (pág. 21): «Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí á todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio: á los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos; mas quiero rogar á los demas que no les den crédito, porque no lo merecen.» Y Santa Teresa (libro de su *Vida*, pág. 79 de la edicion citada): «Creo eran cinco ó seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban que era el demonio.... Yo como ví que tantos lo afirmaban, y yo no lo podia creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran de buena vida, sin comparacion, que yo, y letrados, que por qué no los habia de creer?.... Pues estando en esta fatiga.... sólo estas palabras bastaban para quitármela, y quietarme del todo.—No hayas miedo, hija mia, que Yo soy, y no te desampararé.

(2) «Ceci importe, car l'introduction des langues vulgaires dans la philosophie, y représente plus ou moins l'indépendance et l'originalité de la pensée. Or, je ne vois pas qu'aucun sensualiste et péripatécien ait alors écrit en langue vulgaire. Dans l'école platonicienne, sur la fin du seizième siècle, commence l'emploi d'une langue nationale. Jordan Bruno a écrit en italien plusieurs ouvrages. Pour le scepticisme, Sanchez, excepté, il a toujours parlé une langue vulgaire, le français. Je conclus de là que le sensualisme et l'idéalisme ont toujours été surtout pendant le quinzième siècle, des systèmes d'emprunt et qu'il y a eu plus d'originalité dans le scepticisme. J'en dis autant du mysticisme. Si dans ses premiers développemens, où il tient encore presque immédiatement à sa racine, savoir, l'école florentine, il parle le langage convenu de cette école, le latin, il a fini par parler dans Böhme une langue vulgaire.» (Cousin, *Cours d'hist. de la Phil.*, Paris, 1825. Pichon et Didier, págs. 433-434.) Conformes con las apreciaciones del filósofo francés, en lo que á los místicos se refiere, no podemos estarlo del mismo modo, por las razones que se exponen en el texto, en lo que toca á los sensualistas. Los hechos vienen á confirmar nuestra opinion. Sin salir de España, en castellano se imprimieron, la

de que aparecían las filosofías nacionales. ¡Y España, el primero de los pueblos europeos que llega á constituirse como nación, había de permanecer extraño á este movimiento!

IV.

El misticismo y el sensualismo, Platon y Aristóteles, tal como entónces fueron estudiados y entendidos, la escuela de Florencia y la de Bolonia, tuvieron en nuestra pátria dignos representantes. Mas no es ciertamente el análisis por menor ni la filiacion de sus doctrinas lo que principalmente interesa para estos estudios. Es su propia y especial fisonomía. Místicos y sensualistas luchan en Italia; luchas que, apesar de algunas tentativas de conciliacion, no concluyen sino con la hoguera de Jordan Bruno y el destierro de Campanela; en Francia es el excepticismo, en el que España tiene en Sanchez uno de sus más insignes representantes, si es que no ha extraviado á los historiadores el título de su libro, lo que hay realmente de propio; en Alemania predomina el misticismo, que con Boëhm habla la lengua nacional como habiendo hallado su verdadera pátria. En España, por el contrario, tiéndese desde el principio á la posible avenencia entre los sistemas: un sevillano, Foxio Morcillo, concibe la mejor conciliacion entre los principes del pensamiento griego; y, digámoslo de una vez: Cervantes, que ha sabido colocar frente á frente,

Nueva Filosofia de la Naturaleza, de Doña Oliva Sabuco; el *Exámen de Ingenios para las Ciencias*, del Dr. Juan Huarte, y posteriormente la *Defensa de Epicuro contra la comun opinion*, de D. Francisco de Quevedo. Doña Oliva, no contenta con esto, escribe en el *Coloquio de las cosas que mejoran las repúblicas*, tratando de las leyes.... «y más nos dá otro trabajo que, como lo escribieron en latin, hemos de estudiar primero y gastar nuestra vida y hacienda en los estudios, y al fin fué un alvitrio y juicio de hombres vivos como nosotros.» (Pág. 162, edic. de Madrigal. Madrid MDLXXXVIII, y ántes pág. 161.... de aquí viene todo el daño de ser tanto y estar escrito en latin. En otros pasajes expresa el mismo pensamiento áun con mayor generalidad.

no estos sistemas, porque no era filósofo, pero sí la práctica de estas ideas, porque, como épico, retrataba el tiempo que ellas animaban, ha creído quizá hallar su solución en el *Pérsiles*.

V.

Dos combinaciones cabían entre el sentido religioso cristiano, que era, por decirlo así, la potencia que ahora se iba á desarrollar, y el neoplatonismo alejandrino, que venía á servirle de alimento: ó la doctrina filosófica servía al fin religioso, y ocupaba, dada la diferencia que ántes hemos señalado, un lugar análogo al que la lógica aristotélica había desempeñado en la escolástica, ó, por el contrario, el fin religioso se subordinaba al fin científico, que en este caso debía considerarse como una explicación superior del primero. No es necesario esforzarse mucho para comprender que este segundo extremo era entonces, por lo ménos, anacrónico. Así que, mientras el primero cuenta con tantos y tan ilustres representantes como los Luses de Leon y de Granada, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malon de Chaide, etc., del segundo apenas es conocido Servet, que, huyendo de las hogueras de su patria, vino á perecer en las de Calvino, víctima de la firmeza de sus convicciones. Uno y otro, como todo misticismo, hallan la perfección en la negación propia, en el éxtasis, en la completa pasividad, en la aniquilación en Dios (1); unión que llega á ser tan íntima,

(1) «Pues para evitar este nombre (el de rebelde) tan vergonzoso y gozar de aquella dignidad tan grande de hijos de obediencia, es necesaria la negación y mortificación de la propia voluntad. La cual suele ser á veces tan repugnante á la divina, que decía el Santo Job: «¿Por qué, Señor, me pusiste contrario á tí? ¿Soy hecho pesado á mí mismo?» Pues siendo esto así, imposible es que reine perfectamente en nosotros la voluntad divina, si no muriere la nuestra propia. De suerte, que así como arriba dijimos que para alcanzar el amor divino era necesario mortificar el amor propio, así también, para que reine la voluntad de Dios, ha de ser destruido el reino de la nuestra. Y, pues, ámbas

que el sér finito se confunde con el infinito; de modo que

voluntades ni pueden reinar ni vivir juntas, sino forzosamente ha de morir la una para que viva la otra, ¿qué cosa más justa que vivir la voluntad de Dios y no la del hombre, reinar Dios y no el hombre? Para lo cual no hay cosa que más convenga, que estudiar siempre en desapropiarnos de nuestra voluntad para que se haga más dulcemente la voluntad de Dios. Los que llevan carros procuran untar los ejes en que ván las ruedas, con aceite, para que así corran mejor; mas nosotros, para que se cumpla en nós sin contradicción la voluntad divina, es necesario desterrar primero la nuestra propia.» (Fray Luis de Granada, *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana*, pág. 434, tomo 8 de la *Bibl. de Auts. Esp.*, edic. de Rivadeneyra.)

(Fray Luis de Leon, *Nombres de Cristo*, lib. III, pág. 181, tomo 37 de la *Bibl. de Auts. Esp.*): «De manera, que todo su vivir, su querer, su entender, su parecer y resplandecer será Cristo, que será entónces varon perfecto enteramente en todos los suyos, y será uno en todos, y todos serán hijos cabales de Dios, por tener en sí el sér y el vivir de este Hijo, que es único y solo Hijo de Dios, y lo que es Hijo de Dios en todos los que se llamaron sus hijos.»

Igual doctrina encontramos en los trozos siguientes de San Juan de la Cruz:

«De donde está claro que si el alma entónces no dejase su modo ordinario de discurrir, no recibiría aquel bien sino escasa y imperfectamente; y así, no lo recibiría con aquella perfeccion con que se lo dán; pues siendo tan superior y infuso, no cabe en modo tan escaso é imperfecto. Y así, totalmente, si el alma quiere entónces obrar de suyo, habiéndose de otra manera más que con la advertencia pasiva, amorosa, muy pasiva y tranquilamente, sin discurrir como ántes, pondría impedimento á los bienes que le está Dios comunicando en la noticia amorosa.... Y así no ha de estar unida á nada, ni á cosa de meditacion ni sabor, ahora sensitiva, ahora espiritual: porque requiere el espíritu tan libre y aniquilado, que cualquier cosa que el alma entónces quisiese hacer de pensamiento particular, disgusto ó gusto á que se quiera arrimar, le impedirá é inquietará en el porfiado silencio que conviene que haya en el alma.... áun la advertencia amorosa, que dije ha de ser sencillísima, sin cuidado ni reflexion alguna, de manera que casi la olvide, para estar toda en oír; porque así el alma se queda libre para lo que entónces la quiere el Señor.» (*Llama de amor viva y declaracion de las canciones, que tratan de la más íntima union y transformacion del alma con Dios, por el B. P. Fr. Juan de la Cruz.*—*Bib. de Autores Españoles*, tomo 27, página 234.) Véanse tambien las coplas que comienzan:

Entréme donde no supe
Y quedéme no sabiendo
Toda ciencia trascendiendo,

y algunas de sus cartas.

nunca pueda separarse, con místico é indisoluble matrimonio (1).

Conciliar con semejante sistema la individuadad no era hacedero; y, anonadada la individualidad ¿qué sería de la moral y de la religion misma? Desligado el sujeto de la vida presente ¿qué valor tendrian nuestros deberes de pátria y de hu-

(1) «No se puede decir más de que, á cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de este alma hecho una cosa con Dios que, como es tambien espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar á entender á algunas personas hasta dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que yá no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella.» (Santa Teresa, *Moradas sétimas*, cap. II, tomo 53 de la *Bib. de Auts. Esps.*, pág. 483.)

El mismo sentido revelan la segunda glosa á los conocidísimos versos que comienzan:

Vivo sin vivir en Mí,

y la hasta hace poco inédita, á los

Alma, buscarte has en Mí,

Y á Mí buscarme has en tí,

que con gran dolor nos resignamos á no trasladar, en consideracion á la extension que vá tomando esta nota. Parécenos, sin embargo, que estos ejemplos bastan para comprender lo acertadamente que Azcárate (obra citada, página 33 y 34) juzga á nuestros místicos en las siguientes palabras: «Con estos preliminares llega el Renacimiento, y como nuestras relaciones eran tan extensas, y nuestros sabios ocupaban las primeras cátedras en todas las universidades de Europa, naturalmente se vieron impregnadas del espíritu neoplatónico ó alejandrino, en cuyo fondo se halla un panteísmo místico que constituye su esencia. Esta es la causa porque el siglo XVI fué nuestro, hablando filosóficamente, y por qué, siendo nuestro, contamos por centenares los autores místicos en aquella época; y por más que en sus intenciones no estuviera separarse de la verdadera ortodoxia, con dificultad se encuentra uno que en el furor de su misticismo no descubra alguna tendencia panteísta. Que se lean todas las obras de Estella, de Alfonso Rodriguez, de Puente de Ávila, de Granada, de Marquez y de todos los autores de aquel siglo, y no hay uno, entre todos ellos, que no conociera la cábala, que no supiera las doctrinas de Hermes Trimegisto, que no hubiera leído las Eneadas de Plotin. Nuestra heroína Santa Teresa, dotada indudablemente de raro ingenio, que era el jefe de toda esta falanje mística, reprendia á su amigo y compañero de reformas, San Juan de la Cruz, por ser flojo en sus arrobos y creencias místicas, y eso que San Juan de la Cruz decia á los fieles: «Distingo en mi alma las almas de los que más amo; me miro en Jesucristo y veo en él reflejadas todas las criaturas. Me ocultais faltas muy graves: ¿ignorais acaso que vuestras almas forman parte de la

manidad, cuando hasta la comunicacion con nuestro cuerpo se nos veda (1)? Así el misticismo, que para elevarnos á Dios no halla otro medio que ir negando sucesivamente nuestras facultades (la obra de Dios en nosotros), encuentra al cabo aniquilado el sugeto que intentaba perfeccionar. Y á ser lógico, hubiera debido aniquilar tambien á Dios negándole por el mismo procedimiento sus divinos atributos, pues que cada uno de éstos, aunque en sí absoluto é infinito, es al cabo particular, y por lo tanto limitado si se compara con el Sér. Un Dios sin propiedades en el trono de su *desierta inmensidad*, una unidad tan simple como inactiva, la nada en el asiento del sér y por mundo el vacío, eran consecuencias capaces de asustar á los espíritus más atrevidos y consecuentes. No es extraño que no se encuentren en ninguno de nuestros místicos. Dos circunstancias, en nuestro juicio, concurrieron á evitarlo: el carácter predominantemente moral de sus doctrinas y la misma enemiga con que miran la naturaleza corporal. Inclinábalos la primera, no sólo á reconocer valor á las obras, sino á conce-

ma? Vosotros y yo somos séres distintos en el mundo; en Dios, nuestro origen comun, somos un solo sér y vivimos de una misma vida.» Si este lenguaje, que hubiera leído con complacencia el filósofo de Amsterdam, le parecia flojo á Santa Teresa, ¿á qué altura llevaria sus ideas la Santa en la obra que, por mandato de su confesor, tuvo necesidad de arrojar al fuego? Hasta aquí Azcárate. ¿Qué dirian de estos libros (si los leyeran), añadiríamos nosotros, los que á toda doctrina moderna se apresuran á poner el sambenito de panteísta?

(1) «De donde, cuanto la comunicacion es más espiritual, interior y remota de los sentidos, tanto ménos alcanza el Demonio á entenderla; y así es mucho lo que importa que el trato interior con Dios sea de manera, que sus mismos sentidos de la parte inferior queden á oscuras y ayunos de ello y no lo alcancen. Lo uno, porque haya lugar, que la comunicacion espiritual sea más abundante, no impidiendo la flaqueza de la parte sensitiva, la libertad del espíritu. Lo otro, porque vá más segura, no alcanzando el Demonio tan adentro; y á este propósito podemos entender aquella autoridad del Salvador hablando espiritualmente, conviene á saber: *Nesciat siniestra tua quid faciat dextera tua*: No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra: que es como si dijera: lo que pasa en la parte diestra, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa la siniestra; esto es, sea de manera que la porcion inferior de tu alma, que es la parte sensitiva, no lo alcance, sea sólo secreto entre el espíritu y Dios.» (San Juan de la Cruz, *Noche oscura del alma*, capítulo xxiii, pág. 130, ed. cit.)

der á los diversos individuos espirituales inclinaciones innatas y características, que dificultáran el juicio moral de unos por otros (1), miéntras que ésta, poniendo en la materia toda excitacion al pecado y al apartamiento de Dios, la habia de hacer el origen de todo amor á lo particular y limitado, y en lo tanto el principio de las inclinaciones individuales. De este modo el misticismo español, con su menosprecio del individuo, de-

(1) «El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene; para lo cual es de saber que, como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dán á unas y otros á otras. Porque unos se dán más á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenecen á la vida contemplativa; otros, á las que nos ordenan para con el prógimo, que pertenecen á la activa; otros, á las que ordenan al hombre consigo mismo, que son más familiares á la vida monástica.

«Esta variedad nace en parte de la naturaleza y en parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nace, porque aunque el principio de todo sér espiritual sea la gracia, mas la gracia, recibida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condicion y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que segun esto, son más aparejados para la vida contemplativa; otros, más coléricos y hacendosos, que son más hábiles para la vida activa; otros, más robustos y sanos, y más desamorados para consigo mismo, y éstos son más aptos para los trabajos de la penitencia.

«La segunda causa desta variedad es la gracia; porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfeccion y hermosura de la Iglesia; porque así como para la perfeccion y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así tambien para la perfeccion y hermosura de la Iglesia convenia que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias; porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar este cuerpo?

«Pues en las obras de la naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquel artífice soberano, y cómo repartió las habilidades y perfecciones á todas sus criaturas, por tal órden, que con tener cada una su particular ventaja sobre la otra, la otra no tuviese por qué tenerle envidia; porque tambien le tenía ella otra manera de ventaja.» (Fray Luis de Granada, *Guía de pecadores*, lib. II, cap. XXI, págs. 165-166, tomo XI, de la *Bibl. de Auts. Esp.*)

jaba un vacío que el sensualismo debía llenar; de otra, tomando para sí solo el espíritu, le abandonaba el completo dominio sobre la materia.

VI.

Sanchez de las Brozas, estimando la moral epicúrea como la mejor, al traducir á Epicteto (1); Quevedo, el defensor de Epicuro, haciendo una edicion de las obras de Fray Luis de Leon y escribiendo la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*; Doña Oliva Sabuco, pretendiendo en algun modo que se cuente su libro entre los místicos (2), y hasta la Inquisicion, expur-

(1) Tres opiniones que más tocaron esta verdad (*en que consiste la vida dichosa*) quiero examinar y despues verémos qué siguió Epicteto. La primera y la mejor de todas fué la del filósofo Epicuro, si bien se entendiera. Y fué que puso la felicidad y bienaventuranza *in voluptate*, en el deleite y contento. Aristóteles, en el *libro décimo de sus Morales*, declara esta opinion, y la aprueba mucho diciendo: que este deleite y gozo se entiende del ánimo, porque dice que los dioses del cielo se llaman propiamente *machares*, que es decir, muy gozosos; así que el deleite del ánimo es el que dá la bienaventuranza. Esta opinion de Epicuro vino á ser abominable por ser mal entendida de sus secuaces y tomada corporalmente, y en afrenta de su inventor porque él fué muy abstigente y muy buen hombre. (Doctrina del estóico filósofo Epicteto, que se le llama comunmente Enchiridion, traducido del griego por el maestro Francisco Sanchez, Catedrático de Retórica y Griego en la Universidad de Salamanca, con anotaciones del mismo. Ginebra MDCCLXV. Pról. pág. 504, tomo III de sus obras.)

(2) De la Sapiencia te digo que puedes ser felice sin ella, que poco saber te basta. Con este librito, y Fray Luis de Granada, y la vanidad de Estela, y *Contemptus mundi*, sin más libros puedes ser felice, haciendo paradas en la vida contemplando tu sér, y entendiéndote á tí mismo: y mirando el camino que llevas y adonde vés á parar y contemplando este mundo y sus maravillas y fin dél: y leyendo cada dia en los dichos libros que es buen género de oracion. (Nueva Filosofia de la nat. del homb.—Coloquio de la nat. del hom. tit. LXI. De la felicidad que puede haber en este mundo: pág. 103, edic. cit.) Es de notar que el sentido místico de este título no se apoya en Aristóteles, Séneca, Platon ni Ciceron, sino en Garcilaso, en Angelo Policiano, en Juan de Mena: Ó vida segura, la mansa pobreza,

gando la *Nueva filosofía del hombre* de las frases más pronunciadamente platónicas, y dejando correr otras que debieran ser para ella más dignas del anatema (1), son fenómenos que pasarían por inexplicables si la razón y la Historia no nos enseñaran cómo los contrarios se necesitan y buscan y cómo la Teología ha solido contraer temporalmente estrechas alianzas con los sistemas que le son más enemigos. Por tales no se reputaban ni podían reputarse aún místicos y sensualistas; su divergencia más consistía en dar preferente atención á uno de los extremos del problema filosófico, que en contradecir el opuesto; mas sin pensarlo y sin quererlo, el descuido condujo al olvido, el olvido á la negación. No de otra suerte, en la semilla, la raíz y la copa del árbol casi se confunden y se tocan; mas desarrollándose en opuesto sentido, huyen una de otra para no encontrarse jamás.

Por eso (más que por falta de libertad) Doña Oliva, al tratar del alma y sus afectos, de la felicidad y de las virtudes, sigue con bastante fidelidad las doctrinas académicas, entónces en boga, y acaso por esto Azcárate se inclina á clasificarla entre sus partidarios. Pero bien pronto, apesar de que cree «que el entendimiento y la voluntad no están situados ni consisten en

Dádiva santa desagradecida;
Rica se llama (no pobre) la vida .
Del que se contenta vivir sin riqueza.

Y hasta en las *Coplas* de Mingo Rebulgo:

«Cuido que es ménos dañoso
Pacentar por lo costero,
Que lo alto y hondonero
Juriamí que es peligroso.»

porque *poco vá en la antigüedad de los autores cuando la cosa está bien dicha*, aunque tarde poco en obrar en contra de su propia advertencia.

(1) No deja, en efecto, de ser curioso que miéntras se tachan con minuciosa escrupulosidad las frases *ánima divina y celestial*, fól. 48 vuelto, *ánima divina y eterna*, fól. 296, *ánima divina*, fól. 296 vuelto, *ánima que descendió del cielo*, fól. 110, se deje sin censura en la misma página el epíteto de *miembro divino* dado á la cabeza. Bien es verdad que en cambio se borra toda la línea en que se afirma del corazón que es *miembro cárneo y no apto para las especies*, pág. 111, abusando así de la autoridad religiosa para mantener errores de escuela.

órgano corpóreo, como son las celdas de los sesos, que éstas sirven al alma como de criadas de casa para aprehender y guardar las especies para que el príncipe haga de ellas lo que quisiere» (1), localiza las facultades haciendo quizá uno de los primeros ensayos de Frenología: «De manera, que entran las especies de las cosas deste mundo por los cinco sentidos, y representanlos al sentido comun, que es la primera celda de sesos en la frente: y allí el entendimiento juzga lo presente, y dice á la voluntad, malo ó bueno es; y en la estimativa (que es la segunda celda de la cabeza) juzga lo ausente sacando las especies de la tercera celda (que es la memoria, donde han estado las especies de lo pasado) y allí juzga lo que está ausente, y dice á la voluntad, malo ó bueno es; y luégo la voluntad se mueve á querer aquella noticia ó aborrecerla, y luégo que la voluntad lo manda, se mueven los miembros que lo han de hacer» (2). «Porque como el origen y nacimiento del ánima del hombre fué del cielo, quedóse así casi colgando dél y tomó su principal asiento y silla en la cabeza y cerebro del hombre (como la raíz de las plantas queda asida al revés en la tierra) y allí en el alcázar real do habia de estar el ánima divina (3), le fabricó el Hacedor de la naturaleza tres salas (que son tres celdas de la de la médula del cerebro) en las cuales hiciese sus acciones y oficios espirituales» (4). No contenta con esto, atribuye al cremento y decremento del cerebro, que liga ingeniosamente con influencias y movimientos siderales, más valor de aquel que cabe en un sistema espiritualista. Pero escuchemos sus palabras: «... en esta disminucion ó decremento del cerebro, que es la raíz principal del hombre, que se llamó árbol del revés, quando ésta se disminuye es como ir á la nada y dejar de ser, y en esto consiste la tristeza. Y en el aumento ó cremento (que es tomar sér) consiste la alegría, que allí es su lugar y nó en el corazon: y por esto la

(1) Fol. 110.

(2) Fols. 110 y 110 v.

(3) No corregido por la Inquisicion.

(4) Fol. 145 v.

tristeza es una perpétua noxa del fluxu ó decremento del cerebro: y al contrario, el alegría es afecto del aumento, y es tímida la esperanza y no confía, ó teme por la niebla y obscuridad que el fluxu allí causa, perturbando y despintando las especies que estaban fixas, ratas y claras, de todo le pesa y se enoja fácilmente, porque tiene consigo la mayor pérdida natural que puede tener, y el mismo afecto de la ira y la tristeza luego convierte aquellas especies que llegan en tristeza, y las hace de su naturaleza, y no se contenta con nada: porque no le quitan su daño, olvidase, no está sano ni prudente: yerra porque las especies se caen con el jugo del cerebro, y no está claro sino ofuscado, ni las especies están fixas, y así muda el estilo que parece remiendo y de otro autor, no es constante sino mudable la voluntad y muda muchos lugares, porque huye de sí mismo y de su daño y diminucion, que él no entiende ni siente, y huyendo, todo lo quiere probar, porque nada le dá alegría, deseando ó pensando que el otro comodo ó lugar, le enmendará su falta y descontento, tristeza ó dolor» (1).

Y concluye, finalmente, haciendo depender de estos movimientos la voluntad. «Bailan los hombres (dice) á este son del cremento y decremento del cerebro, y no lo sienten: aconteces lo que á los que miran de léjos bailar do no se oye el son; parecen meneos suyos y desordenados, porque no se oye el son á cuya consonancia se mueven, y no *suya de su alvedrío*, así nosotros bailamos al son de estos crementos y decrementos del cerebro: y como ni entendemos el son ni lo oimos, parécenos que son nuestros aquellos meneos, y *de nuestro alvedrío*, y nó movidos á la consonancia de la causa que los hace» (2). ¡Cuán apartadas no se encuentran yá estas doctrinas de las místicas, que anonadando el cuerpo creían lograr la paz del alma! ¡Cuán cercanas al sensualismo materialista, y, sin embargo, Huarte ha de llegar más léjos todavía.

Preocupa al autor del *Exámen de Ingenios* la dificultad

(1) Fol. 119 v.-120.

(2) Id. 141. Lo subrayado es lo suprimido por la Inquisicion.

no tocada por ningún filósofo (1), «que siendo todos los hombres de una especie indivisible, y las potencias del ánimo racional (memoria, entendimiento y voluntad) de igual perfeccion en todos: y lo que más aumenta la dificultad, que siendo el entendimiento potencia espiritual y apartada de los órganos del cuerpo, con todo eso vemos por experiencia, que si mil hombres se juntan para juzgar y dar su parecer sobre una misma dificultad, cada uno hace juicio diferente y particular sin concertarse con los demás, por donde se dijo: *Mille hominum species, et rerum discolor usus, velle suum cuique est, nec voto vivitur uno*» (2). Esto proviene, en su sentir, de no hallarse los cuerpos en una perfecta temperatura. «Y está la razon muy clara; porque si con la perfecta temperatura hace el hombre sus obras con perfeccion, forzosamente con la destemplanza (que es su contrario) las ha de hacer con alguna falta y lesion; pero, para conservar aquella perfecta sanidad, es necesario que los cielos influyan siempre unas mismas cualidades, y que no haya Invierno, Estío ni Otoño, y que el hombre no discurra por tantas edades, y que los movimientos del cuerpo y del ánimo sean siempre uniformes; el velar y el dormir, las comidas y bebidas todo templado y correspondiente á la conservacion de esta buena temperatura. Todo lo cual es casi imposible, así al arte de Medicina como á Naturaleza; sólo Dios lo pudo hacer con Adam poniéndolo en el Paraiso terrenal y dándole á comer del Arbol de la vida, cuya propiedad era conservar al hombre en el punto perfecto de salud en que fué criado» (3). Mas luégo que fué arrojado de aquel templadísimo lugar, «la vida que comenzó á tener fué de mucho trabajo, durmiendo por los suelos, al frio, y al sereno y al calor: la region que habitaba era destemplada, las comidas y bebidas contrarias á su salud, él andaria descalzo y mal vestido, sudando y trabajando para ganar de comer, sin casa ni

(1) Huarte. *Exámen de Ingenios para las Ciencias*, pág. 15. Granada, Imprenta Real.

(2) *Idem id.*

(3) Págs. 17-18.

abrigo, vagando de region en region; un hombre que se habia criado en tanto contento y regalo, con tal vida, forzosamente habia de enfermar y destemplarse, y así no le quedó órgano ni instrumento corporal que no estuviere destemplado, sin poder obrar con la suavidad que ántes solia, y como con tal destemplanza conoció á su mujer, engendró tan mal hombre como Cain, de tan mal ingenio, malicioso, soberbio, duro, áspero, desvergonzado, envidioso, indevoto y mal acondicionado» (1), defectos que comunicó á sus descendientes, «porque la enfermedad que tienen los padres al tiempo del engendrar, esa misma, dicen los médicos, sacan sus hijos despues de nacidos» (2). La variedad de ingenios «no nace, pues, del ánima racional, porque en todas las edades es la misma, sin haber recibido en sus fuerzas y substancia ninguna alteracion, sino que en cada edad tiene el hombre vário temperamento y contraria disposicion, por razon de la cual hace el ánima unas obras en la puericia, otras en la juventud y otras en la vejez, de donde tomamos argumento evidente, que pues una misma ánima hace contrarias obras en un mismo cuerpo, por tener en cada edad distinto temperamento, que cuando dos muchachos, el uno es hábil y el otro necio, que han de tener cada uno temperamento diferente del otro, al cual por ser principio de todas las obras del ánima racional, llamaron los Médicos y Filósofos naturaleza, de la cual significacion se verifica propiamente aquella sentencia: *Natura facitabilem*» (3). Ni su influjo se limita á las Ciencias propiamente humanas, sino que se extiende á las reveladas y sobrenaturales. «La razon de esto es que las Ciencias sobrenaturales se han de sujetar en el ánima racional; y cualquiera ánima está sujeta al temperamento y compostura del cuerpo, como forma substancial. Y así, cuando Dios formó á Adam y á Eva, es cierto que primeramente que los llenase de sabiduría, les organizó el cerebro de tal manera, que la pudiesen recibir con suavidad, y fuese cómodo instru-

(1) Págs. 28-29.

(2) Id. 29.

(3) Id. 406-407.

mento para con ella poder discurrir y raciocinar. Y así dice la Divina Escritura: (*Et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos.*) Y que segun la diferencia de ingenio que cada uno tiene, se infunda una ciencia y no otra, ó más ó ménos de cada cual, es cosa que se deja entender en el mismo ejemplo de nuestros primeros Padres; porque llenando Dios á ámbos de sabiduría, es conclusion averiguada que le cupo ménos á Eva. Por la cual razon, dicen los Teólogos que se atrevió el Demonio á engañarla; y no osó tentar al varon temiendo su mucha sabiduría. La razon de esto es (como adelante probáremos) que la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro, no es capaz de muchos ingenios, ni de mucha sabiduría» (1).

«En las substancias angélicas halláremos tambien la misma cuenta y razon, porque para dar Dios á un Angel más grados de gloria y más subidos dones, le dá primero más delicada naturaleza, y preguntando á los Teólogos de qué sirve esta naturaleza tan delicada? dicen: que el Angel que tiene más subido entendimiento y mejor natural, se convierte con más facilidad á Dios y usa del don con mayor eficacia» (2). Y si dice Platon: «*Res enim levis volatilis atque sacra Poeta, est ne canere, prius potest quam Deo plenus, et extra se positus, et à mente alienatus sit, nam quandiu mente quis valet, nec fingere carmina, nec dare oracula quiquam potest non arte igitur aliqua hæc præclara canunt quæ tu de Homero refers, sed arte divina*» (3), pensar «que sus dichos y sentencias son revelaciones divinas y no particular naturaleza, es error claro y manifiesto, y no le está bien á un filósofo, tan grave como Platon, ocurrir á las causas universales sin buscar primero las particulares con mucha diligencia y cuidado. Mejor lo hizo Aristóteles: pues buscando la razon y causa de hablar las Sibilas en su tiempo cosas tan espantables, dijo: *Id non morbo nec divino spiraculo, sed naturali intemperie accidit*» (4), de-

(1) Págs. 10-11.

(2) Id. 11-12.

(3) Id. 56.

(4) Id. 56. Y en otro lugar, págs. 179-180-181: «Todo esto no es mu-

pendiendo, por el contrario, del temperamento hasta el don de profecía (1).

¿Qué restaba yá, despues de estas enseñanzas, sino tratar *la manera como los padres han de engendrar los hijos sabios, las diligencias que se han de hacer para que nazcan varones y no hembras*, «porque las hembras, por razon de la frialdad y humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo,» y, como dice Salomon (*Ecles.*, cap. 51), «*melior est iniquitas*

cho que lo reciban los filósofos y crean que puede ser así: pero si yo les afirmase ahora por historias muy verdaderas, que algunos hombres ignorantes padeciendo esta enfermedad, hablaron en latín sin haberlo en sanidad aprendido. Y de una mujer frenética, que decia á cada persona de los que la entraban á visitar sus virtudes y vicios, y algunas veces acertaba con la certidumbre que suelen los que hablan por conjeturas y por indicios, y por esto ninguno la osaba yá á entrar á ver, temiendo las verdades que decia; y lo que más causó admiracion fué, que estando el barbero sangrando, le dijo: Mira, fulano, lo que haceis, porque teneis muy pocos dias de vida y vuestra mujer se ha de casar con fulano, y aunque acaso fuera verdadero su pronóstico, que ántes de medio año se cumplió.

Ya me parece que oigo decir á los que huyen de la Filosofia natural, que todo esto es gran burla y mentira, si por ventura fué verdad, que el Demonio, como es sabio y sutil, permitiendo Dios, se entró en el cuerpo de esta mujer y le hizo decir aquellas cosas espantosas, y aún confesar esto se les hace cuesta arriba porque el Demonio no puede saber qué está por venir, no teniendo espíritu profético. Ellos tienen por fuerte argumento decir esto es falso, porque yo no entiendo cómo puede ser, como si las cosas dificultosas y muy delicadas estuviesen sujetas á los rateros entendimientos y de ellos se dejasen entender. Yo no pretendo aquí convencer á los que tienen falta de ingenio, porque esto es trabajar en vano, sino hacerle confesar á Aristóteles que los hombres, teniendo el temperamento que sus obras han menester, pueden ser muchas cosas sin haber tenido de ellas particular sentido, ni haberlas aprendido de nadie.»

(1) «Con estas palabras confiesa claramente Aristóteles, que por calentarse demasidamente el cerebro, vienen muchos hombres á conocer lo que está por venir, como son las Sibilas, lo cual dice Aristóteles que no nace por razon de enfermedad, sino por la desigualdad del calor natural.» Id., 18. Tan firme está Huarte en estas doctrinas, que llega á creer con el obispo Nemesio que el árbol de la Ciencia tenía la propiedad natural de enseñar. «En un libro que escribió (Nemesio) de *Natura hominis*, llanamente confiesa que la fruta de aquel árbol tenía la propiedad natural de dar sabiduría: y que realmente enseñó á Adam lo que no sabía.» (Idem, pág. 633).

virí, quam mulier bene faciens,» y puestas las diligencias para que los hijos salgan ingeniosos, conservar el ingenio de los con semejante artificio producidos? Pues de todo esto se ocupa nuestro autor en los capítulos XVII, XX, XXI y XXII. Claro está que todos estos medios son puramente físicos, y para no poner más que un ejemplo en materia tan espinosa y tratada con más libertad de lo que permiten nuestras costumbres: «Si Faraon ó alguno de los de su consejo hubiera sabido Filosofía natural, en vez de oprimir á los israelitas para que no se multiplicasen tanto y sobre todo para que no les naciesen muchos varones, agobiándolos con trabajos corporales y dándoles de comer ajos y cebollas, los hubiera mantenido con pan de cebada, lechugas, melones, calabazas y pepinos, y teniéndolos en grande ociosidad, engendrarians más hembras que varones, y en poco tiempo les abreviara la vida si quisiera» (1).

Profundamente impresionados Doña Oliva y Huarte con la diferencia esencial de las facultades anímicas y la peculiar individualidad de cada hombre, incapacitados para buscar su fundamento en el espíritu, por las doctrinas místicas dominantes, y en las superiores relaciones del Yo humano, por el tiempo en que escribieron, fijanlas en la naturaleza corporal; y, sacando lógicamente la consecuencia negativa del misticismo (que al privar al alma de sus propiedades la reduce á nominal existencia), se inclinan decididamente hácia el sensualismo materialista, que los arrastra al fatalismo y al excepcionalismo de los que débilmente se defienden (2).

VII.

La concepcion de lo uno como exclusivo de lo vário, y de lo vário como negativo de lo uno, que hemos visto nacer y

(1) Págs. 598-599.

(2) Véanse, ademas de algunos de los pasajes citados, el segundo Proemio, desde la pág. 29, y los caps. IV y V del *Exám. de Ing.*, ed. cit.

desarrollarse en el proceso de la reflexion filosófica, trasciende á todos los órdenes de la realidad y forma como el secreto resorte que mueve los ocultos hilos de la historia moderna.

En religion, á la unidad absorbente del ultramontanismo, que, anatematizando toda diferencia, seca las fuentes mismas de la vida religiosa, concluyendo con las iglesias nacionales y hasta con la libre inspiracion del creyente, se opone el protestantismo, que, entregando la revelacion á la interpretacion arbitraria de cada cual, se fracciona en tantas sectas como individuos.

En las relaciones internacionales, á las tentativas de una monarquía universal, con que sucesivamente sueñan todos los pueblos que se sienten fuertes, se oponen ensayos de confederacion en la forzosa alianza de los débiles, unidos casi siempre por el deleznable vínculo de momentáneos intereses.

Luchan politicamente las tendencias centralizadoras de los gobiernos que, para allanar todo obstáculo á su poder, favorecen la igualdad con la libertad privilegiada de las clases; el socialismo de las masas, patrocinado por el Estado y la Iglesia, con el egoismo anárquico de los propietarios; el Derecho romano y canónico con las leyes y costumbres nacionales; el arte clásico con el popular; la Iglesia con los Estados; más léjos, el Occidente con el Oriente.

Y esta profunda antítesis, sostenida durante tres siglos, que, como el nudo de un drama, si se complica en cada escena, prepara el desenlace despertando la propia conciencia en los actores, necesitaba una expresion épica, bien diversa por cierto de las que sirvieron al panteísmo indio, al antropomorfismo homérico y al espiritualismo cristiano del cantor de la *Divina Comedia*.

La unidad y la variedad no se oponen como tales, con oposicion insoluble, sino por el falso concepto de ellas alcanzado en la Edad moderna. Una unidad que excluye la variedad, se niega en su contenido; una variedad que no supone la unidad, se niega en su principio; pues que ámbas deben distinguirse, nó como términos equivalentes

y contrarios, sino como superior el uno, inferior el otro.

Entendidas como contradictorias, la unidad es una abstracción, la variedad irracional: ámbos conceptos usurpan un nombre que no les pertenece, aparentan más de lo que son; ámbos han de mostrar su propia deficiencia, dando lugar en la vida á situaciones cómicas. Hé aquí por qué desde los albores del Renacimiento pueden distinguirse los gérmenes de esta forma poética, la verdaderamente propia de la épica moderna, en los poemas burlescos italianos y áun en algunas escenas del *Ariosto*. Bástele á Italia, sin embargo, la gloria de estos ensayos; la de producir la gran epopeya de este periodo pertenece á España y á Cervantes. Lo que Italia apenas vislumbró como oposicion literaria tan general que no pudo asimilárselo su espíritu, España lo vivió; y sin ella, hubiera quedado, á ser posible, tan infecundo, como infecundo estaba el pensamiento de Colon ántes de encontrar ánimos españoles que se atrevieran á comprenderlo y á realizarlo. Ántes de Cervantes, la epopeya moderna era á lo sumo un presentimiento; después de él, la contrariedad interna en que se funda se extiende de tal modo, que no son yá clases, sino pueblos y razas los contrarios; y es necesario que la idealidad de la humanidad y de la época se levante en la fantasía del poeta hasta encontrar una solución, sólo posible en el principio de una nueva edad. La Alemania de hoy indica artísticamente la aproximación de los nuevos tiempos con la concepción del *Fausto*.

Por el contrario, en el siglo de oro de nuestras letras, las diferencias entre escolásticos y antiescolásticos, místicos y sensualistas, reyes y comunidades, nobles y plebeyos, códigos y fueros, ultramontanos y regalistas, eruditos y populares, con ser marcadas y hondas, no llegan hasta fraccionar, ni nuestra Iglesia, ni nuestra filosofía, ni nuestro pueblo, ni nuestro derecho, ni nuestra literatura. Por eso la obra maestra del Principio de nuestros ingenios es al par la más española y la más universal, la más popular y la más clásica, la más accesible y la más profunda.

Una sencilla observación literaria viene á confirmar la certeza de lo expuesto. Todo teatro, se ha dicho con razón,

nace de una epopeya; bien entendido, que no consideramos necesario que la epopeya esté ya formulada y escrita. Ahora bien: ¿de qué epopeya nace nuestro rico y originalísimo teatro? Basta, para contestar á esta pregunta, fijarnos en algunos de sus caracteres más notables. Dejemos aparte las formas compuestas con que, salvo alguna excepcion verdaderamente extraordinaria, reviste sus creaciones y en que se revela el genio comun del tiempo, y hallaremos, como las cualidades que más le distinguen, el españolismo y la doble faz con que en él toda accion es presentada.

Tan español en su contenido, que sus autores, áun los más sábios y eruditos, no se detienen ante el temor de los anacronismos; tan español en su forma, que la introduccion en sus diálogos de los metros importados de Italia, y ya comunes en nuestra poesia lirica, es conocida señal de decadencia, es, sin embargo, la base de la mayor parte de los teatros europeos. ¿No revela esto que la historia española de este período contiene en su peculiar individualidad algo que es comun á todos los pueblos? ¿No significa que es como el punto de partida de la vida moderna?

Más importante aún es el segundo carácter notado. Toda accion en nuestros dramas es doble, ó más bien es la misma accion, considerada bajo dos puntos de vista. Miranla y vívenla el galan y la dama bajo el ideal abstracto, y caballeresco del honor; el escudero y la doncella bajo el práctico y comun del interés y la experiencia. De aquí ese continuo contraste, no sólo entre personaje y personaje, sino entre sociedad y sociedad, que hace que sobre la unidad escrita se presienta otra unidad callada, sin la cual la visible es deficiente y cómica. ¿Qué son, pues, nuestras damas y galanes, sino Don Quijote dividido? ¿Qué nuestros graciosos, sino la doble representacion de Sancho? ¿Qué nuestro arte dramático, sino el despliegue de la epopeya cervantina? Y tanto mayor valor concedemos á este hecho, cuanto que, materialmente, el teatro no es tomado de la epopeya. Juntos nacen; un mismo pensamiento les inspira; unas mismas cosas narran y representan; y, sin embargo, tan ajenos se consideran, que Cervantes tiene que defenderse de haber injuriado en el *Quijote* al Fénix de nuestros

ingenios (1), y aún parece algo aficionado á la imitacion clásica (2).

VIII.

Pedia la Edad moderna una forma épica compuesta, si bien no comprensiva de las anteriores; era el país destinado

(1) «He sentido tambien que me llame invidioso, y que, como ignorante, me describa qué cosa sea la invidia; que en realidad de verdad, de dos que hay yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun Sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continúa y virtuosa.» (Prólogo de la Segunda Parte.)

(2) «Pero lo que más me lo quitó de las manos, y aún del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: si éstas que agora usan, así las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates, y cosas que no llevan pié ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos mejor les está ganar de comer con los muchos que no opinion con los pocos..... y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinion que tienen, y que más fama atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan al arte, que no con las disparatadas, yá están tan asidos y incorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dije á uno de estos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que há pocos años se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, así simples como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho?» (*Don Quijote*.—Primera Parte, cap. XLVIII: Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballería, con otras cosas dignas de su ingenio.)—En el mismo sentido se expresa en todo el capítulo, aunque en verdad señalando casi siempre los verdaderos defectos, que cree podrian evitarse con la prévia censura.

á servirle de cuna, y Cervantes, por la actitud divina de su genio, desenvuelto en los vários é infelices sucesos de su vida, el llamado á revelarla con su inagotable gracia y su inimitable estilo; mas ¿cómo la naturaleza de un asunto, ajena al parecer á empresa de tanta monta, le conduce á ella, sin pensarlo, sin quererlo, sin apercibirse de su obra inmortal, con la ceguedad evidente del artista? Es lo que nos proponemos examinar ahora, estudiando, siquiera brevemente, la significacion de sus dos principales personajes.

Comencemos por Don Quijote.

La caballería es la milicia de la Iglesia.

Formadas de cristianos, bajo constituciones aprobadas por los Papas, tomadas generalmente de las órdenes monásticas, y proponiéndose por fin la práctica y la defensa de la fé, las órdenes militares son el ejército de aquella república cristiana: nuevo poder que surge sobre el atomismo, en que el individualismo feudal habia fraccionado á la Europa entera; estado, en verdad, principalmente espiritual, pero que no alcanza ménos influencia política que las monarquías de Teodorico ó Carlomagno, y que puede, con razon, denominarse la Roma de los tiempos medios. Como en el Estado á quien sirven, la religion es el fondo de las órdenes militares, las armas sólo un medio. Por eso, y porque el Cristianismo, con relacion á la vida, es lucha de todos los instantes (¿no habia dicho su santo fundador «No he venido á poner entre vosotros paz, sino espada?» ¿no habia repetido el Apóstol de las Gentes «Veo en mis miembros una ley que contradice mi ley?»); por eso, repetimos, es frequentísimo en los místicos representar, bajo la figura de combates materiales, los combates del alma. Sin detenernos á citar las extravagantes y hasta ridiculas alegorías en que se representaba á Cristo como caballero andante, el Caballero de la Cruz, en lucha con el Caballero de la Serpiente, el demonio, uno de los más bellos libros de Santa Teresa, *Las Moradas*, es todo él una alegoría caballeresca. Pero dejemos hablar á otra poetisa (1) digna de comprenderla y de interpretarla. «*Las*

(1) Carolina Coronado.

Moradas interiores (1), dice, son otro poema, pero un poema épico en lo abstracto. Un poema dividido en siete cantos, las siete moradas del castillo, bajo cuya alegoría representa el alma. La poetisa trasforma las pasiones en guerreros que combaten este castillo, y anima con el color de las imágenes más vivas la resistencia de la virtud. Los teólogos contemporáneos de Teresa hubieran necesitado un fárrago de indigesta metafísica para dar esta definición del alma, que Teresa hace comprender con algunas metáforas solamente.

»*Antes que pase adelante os quiero decir que consideréis qué será de ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las aguas vivas de la vida, que es Dios: cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más.*

»El pensamiento, la combinación de formas de *Las Moradas interiores*, su desarrollo, y el feliz término que pone Teresa á esta obra atrevida, colocan á su autora al nivel de los más altos ingenios españoles.»

Mas, si la caballería es una especie de sacerdocio armado; si el caballero, como todavía se lee en nuestros romances populares, comienza por procurar convencer á su enemigo con argumentos teológicos de la certeza de la religion cristiana, y sólo cuando éstos no son suficientes apela al combate, demandando en apoyo de su causa el divino auxilio, y apenas vencido el infiel arroja sus armas y procura abrirle las puertas de los cielos con el agua regeneradora del bautismo, el caballero andante es en esta relacion la representacion más fiel del sentido místico-religioso. Yá, en la imaginativa generacion de los caballeros, los guardadores del Santo Grial forman ciclo aparte. Ni, como los pares carlovingios, unidos, combaten á los sarracenos invasores, ni se sientan á la Tabla Redonda de Artús para ayudarle en su patriótica y cristiana empresa; individualmente se trasmiten desde Nicodemus la prenda celestial y la tradicion pre-

(1) *Los Genios gemelos*.—Safó y Santa Teresa de Jesus, insertos en el *Semanario Pintoresco*, año de 1850.

ciosa que los hace participantes de divinos dones, siendo elegidos entre los elegidos. Más libre aún el caballero andante, todo lo espera de su propio esfuerzo; ninguno puede aplicarse con mejor derecho la antigua divisa de la Edad media, *Dios y mi espada*; pues, como dice Don Quijote, tan entendido en caballescias historias, por este camino «suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores: sólo falta ahora mirar qué Rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto; pues, como tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por todas partes, ántes que se acuda á la corte (1).» Ni obste el no ser de linaje de Reyes ó Emperadores, que «bien podria ser que el sábio que escribiese *su* historia deslindase de tal manera *su* parentesco y descendencia, que le hallase quinto ó sexto nieto de Rey... y cuando nó, la Infanta *lo* ha de querer de manera que, á pesar de su padre, aunque claramente sepa que *es* hijo de un azacan, le ha de admitir por señor y esposo: y si nó, aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto *le* diere, que el tiempo ó la muerte han de acabar el enojo de sus padres (2).»

La caballería andante es una profesion congénere y tan necesaria en el mundo como la religiosa. «Porque, si vá á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Parte Primera, capítulo XXI: Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

(2) *Id.*, *id.*

cosas de la guerra, y las á ella tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden» (1).

Así, el andante caballero, *ministro de Dios y brazo porque se ejecuta su justicia*, se considera obligado á practicar en el mundo el ideal cristiano, deshacer agravios, enderezar tuertos, amparar desvalidos y doncellas, sufrir por el bien, practicar la virtud en las soledades de los campos, exponiendo, por amor á sus semejantes, su cuerpo á todas las intemperies y á todas las heridas, siendo tal la excelencia de tan estrecha profesion, que basta á mejorar la condicion del que la tuviere mala. «De mí sé decir, exclamaba D. Quijote (2), que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y, aunque ha poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun reino adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra, que mia fé, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; el agradecimiento, que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como la fé sin obras.»

Pero aunque su fé católica no pueda ser más ferviente, acostumbrado á guiarse por su propia conciencia, cuya voz nada extravía en las soledades en que de ordinario mora, no sólo distingue perfectamente la religion de su exterior apariencia, como resulta de estas graves razones con que increpa el Ingenioso hidalgo al capellan de los Duques: «Unos van por el ancho campo de ambicion soberbia, otros por el de la ambicion servil y baja, otros por el de la hipocresia engañosa, y

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Parte primera, cap. XII.

(2) *Id. id.*, cap. I.

algunos por el de la verdadera religion» (1); sino que, con un atrevimiento que pasa desapercibido para la censura (al fin eran delirios de un loco), desdeñando excomuniones y bulas pontificias, coloca la conciencia del caballero frente á la autoridad del supremo Gerarca, y no duda en dar á aquella la preferencia. Fijense nuestros lectores, si tanto les merecemos, en el siguiente pasaje, que á nuestro juicio confirma, sin necesidad de otra prueba, la tésis que venimos sustentando: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo*, etc.; aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon: cuanto más que yo no pensé que ofendia á Sacerdotes ni á cosas de la Iglesia á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y vestiglos del otro mundo: *y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero*» (2).

Áun la simple creencia en la existencia de la andante caballería tiene algo de milagroso y revelado, que no todos alcanzan por falta de virtud. «Muchas veces he dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió Don Quijote; que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que si el cielo milagrosamente no les dá á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia; no quiero detenerme agora en sacar á vuestra merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Segunda Parte, cap. xxii: De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

(2) *Id. id.*—Primera Parte, cap. xix: De las discretas razones que Sancho Panza pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo (1). Y cómo nó! si la ciencia de la andante caballería, encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razon de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quién se las cure; ha de ser astrólogo para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar como nadaba el pexe Nicolas ó Nicolao; ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fé á Dios y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla» (2).

Dada esta manera de ver, tan semejante á la de los místicos, ha de buscarse en el interior del alma el criterio de toda verdad; y por eso Cervantes pone en boca del Hidalgo Manchego aquellas frases en que Campoamor creyó reconocer el *Cogito* cartesiano; mas olvidó sin duda que la conciencia nada dice

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Segunda Parte, cap. XVIII: De lo que sucedió á Don Quijote en el castillo ó casa del Caballero del Verde gaban, con otras cosas extravagantes.

(2) Id. id. id.

del mundo exterior, aunque á ella se agregue sin más el hecho empírico; punto admirablemente notado por el más ilustre y desgraciado de nuestros ingenios, haciendo que una y otro vengan á certificar de las increíbles aventuras de la Cueva de Montesinos.

Atento el hombre á su vida interior, dá poco precio á la apariencia externa; y con efecto, como Descartes supuso que pudiera ser la obra de un genio maligno, Don Quijote, en lo que no conforma con sus ideas, afirma que son misteriosas figuras evocadas por el poder de enemigos encantadores. Y no se diga que Don Quijote está loco, pues que su locura no es otra que la demencia mística: ¿no ha dicho cuerdamente Calderon (1):

«Qué es la vida? un frenesi;
 »Qué es la vida? una ilusion,
 »Una sombra, una ficcion,
 »Y el mayor bien es pequeño;
 »Que toda la vida es sueño,
 »Y los sueños sueños son?»

Idéntico el principio, idénticas deben ser las consecuencias. Por casualidad la vista de unas bellotas inspira á Don Quijote el tan celebrado discurso socialista que comienza: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, que con razon merecieron el nombre de dorados» (2). Por casualidad sienta á su escudero á su misma mesa, con estas razones: «Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del

(1) *La Vida es sueño.*

(2) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*—Parte Primera, cap. XI: De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.—Es curioso observar que Lafuente (Fray Gerundio) presenta este discurso como demostracion de que las modernas doctrinas socialistas eran de antiguo conocidas, y que Bastiat las pone en boca del Hidalgo Manchego, como las economistas en la de Sancho (con más fundamento acaso del que él mismo se figura). en dos de sus cartas.

mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y *que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor*; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; *porque de la caballería andante se puede decir, lo mesmo que del amor se dice, que todas las cosas iguala*» (1). Por casualidad se coloca sobre toda justicia humana, replicando sosegado y risueño al cuadrillero que intentaba prenderlo en nombre del Rey y de la Santa Hermandad: «Venid acá, gente soez y mal nacida; ¿saltear de caminos llamas al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad; decidme: ¿quién fué el ignorantè que firmó el mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿qué Rey no le asentó en su mesa? ¿qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Parte Primera, cap. xi.

cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?» (1) porque ¿qué tiene él que ver con la justicia, sino con la caridad? ¿qué le importaban los delitos, si no es bien «que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello» (2), y «Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo y de premiar al bueno» (3), «y duro caso parece hacer esclavos á los que Dios hizo libres?» (4) Por casualidad se entrega á aquella sandez y penitencia sin causa, *cuyo punto y toque está en desatinar sin ocasion*, y la fineza de su negocio en no comer y hacer otras asperezas, imitando en esto, más que al valiente Orlando, al religioso Amadis (5), «que lo más que hizo fué rezar, «sirviéndole de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez» (6). Por casualidad, si es «enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean,» no lo es «de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes» (7): y así, «bástale pensar que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje, importa poco; que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito» (8); y basta que se haga «la cuenta que es la más alta Princesa del mundo» (9). Por casualidad, tambien combate procesiones y disciplinantes con un empeño, que hace exclamación

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Parte Primera, cap. XLV: Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

(2) *Id. id.*—Cap. XXII: De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

(3) *Id. id.*—Cap. XXII.

(4) *Id. id.*, *id.*

(5) *Id. id.*—Cap. XXV: Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

(6) *Id. id.*—Cap. XXVI: Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

(7) *Id.*—Segunda Parte, cap. XXII: De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

(8) *Id. id.*—Primera Parte, cap. XXV.

(9) *Id. id.*, *id.*

mar á Sancho: «¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fé católica?» (1). Pero es lo bueno del caso que estas casualidades y otras, que no referimos por temor de hacernos demasiado enojosos á nuestros lectores, expresan, sin duda por una nueva casualidad, las conclusiones todas del idealismo-místico, á saber: la identidad espiritual, el menosprecio ó la negacion de la vida externa, y por tanto del derecho individual de propiedad, de la autoridad del Estado, la duda sobre todo lo sensible, el martirio inmotivado del cuerpo, la sustitucion de la caridad á la justicia, de que tan bellos ejemplos presenta el misticismo cristiano, el amor espiritual, sin mezcla de sensible, el desinterés, la union, ó mejor la absorcion en Dios mediante el sacrificio de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, la creencia en una revelacion personal que nos coloca sobre toda ciencia y sobre toda ley.

Contraste perfecto y acabado con el del valiente cuanto desdichado Manchego presenta el carácter de Sancho. Enciérrese su saber en las experimentales máximas condensadas por el pueblo en esas breves sentencias apellidadas refranes (2); el interés es el móvil de sus acciones: apénas terminadas por su amo las primeras felices aventuras, intenta desbaliar al derri-

(1) *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*.—Primera parte, cap. LII: De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice cima á costa de su sudor.

(2) Véase cómo las juzga el V. P. M. Fray Luis de Leon en su prólogo á los Refranes ó Proverbios de su maestro el comendador Fernan Nuñez: «Grandes filósofos... se aprovechan destes refranes como de la mejor demostracion y probanza, que ellos traer suelen; y si lo que con muchas palabras y grandes razones y subidas han probado, viene á concordar con algun adagio ó refran antiguo, tiénenlo ellos por demostracion que llaman á ojo.... Y tambien si alguno insiste en que al fin son dichos de pueblo y gente indocta, responderémosles.... que así como en la hacienda no hay nadie tan rico, por mucho que tenga, que pueda gastar tanto como el pueblo todo junto con poca cosa que cada uno contribuya, así en el saber, ninguno es tan sabio que pueda acertar tanto como el pueblo y ayuntamiento de muchos, si no son gente muy grosera, cuando confieren todos y ayuntan el saber de uno con el de otro, porque á todos puso Dios una luz en el entendimiento con que conozcan la verdad; de manera que por cualquier haz que se miren los refranes se deben de tener en mucho.»

bado fraile; y «puesto de hinojos, demanda el gobierno de la insula que en la rigurosa pendencia con el vizcaino se ha ganado (1), á que está sin embargo pronto á renunciar por la receta del famoso bálsamo de Fierabrás, que tiene para sí ha de valer la onza donde quiera más de á dos reales (2); toma partido por el rico Camacho contra el enamorado Basilio, porque «¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? Á fé, señor, yo soy de parecer que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas al golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es así, como debe ser, bien boba fuera Quitéria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra ó el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero (3).» Aficionado á la buena vida y blando de carnes, aunque rústico, teme á la Santa Hermandad; porque si le encierran en la cárcel, ántes de salir *les ha de sudar el hopo*; y yá le parece que

(1) Para que se vea cuáles eran los propósitos de Sancho en el gobierno de la deseada insula, transcribimos sus propios pensamientos; «¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? Nó, sino dormíos, y no tengais ingenio y habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: lle-gaos que me mamo el dedo.»

(2) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Parte Primera, cap. x: De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.

(3) *Id.*—Segunda Parte, cap. xx: Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

le zumban sus saetas por los oídos: no escrupulizando demasiado sobre la propiedad ajena, se apresura á hacer suyos los escudos y camisas hallados en la maletilla encontrada en Sierra Morena, que le consuelan de muchas desventuras y le mueven á volver á ponerse en camino de ellas; y tan poca diligencia pone en buscar á su antiguo dueño, que apresuradamente responde al cabrero «que tambien la halló él y no quiso llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejó, y allí se queda; que no quiere perro con cencerro (1).» Hasta la incontrastable y jamás desmentida lealtad que á su señor profesára, estriba en motivos sensibles: «somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; dióme sus pollinos; y sobre todo, soy fiel (2);» pero su fidelidad no resiste á su egoísmo; y cuando Don Quijote lo quiere azotar para apresurar el desencanto de Dulcinea, le echa la zancadilla, le derriba en tierra y le oprime el pecho con sus rodillas; porque como él decia: «Ni quito Rey ni pongo Rey, sino ayúdome á mí que soy mi señor (3).» Sabio con el buen sentido y con la experiencia de las cosas, admira con sus discretos juicios en el gobierno de la insula, dejando á sus burladores burlados. Pero como toda medalla tiene su reverso, incapaz de todo razonamiento, la Duquesa le convence que, en lo tocante al encanto de Dulcinea, obra suya, en vez de ser el engañador es el engañado; «en cuya verdad no hay que poner más duda que en las cosas que nunca vimos, estando Dulcinea tan encantada como la madre que la parió (4).» Y él, en cuya cabeza no caben los encantos, y tiene á su señor por mentecato, y cree que él por seguirle no le vá en zaga, sufre el azotarse, y es punzado y pellizcado, y, lo que es peor, mamo-

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Primera Parte, cap. xxiii: De lo que le aconteció al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

(2) *Id.*—Segunda Parte, cap. xxxiii: De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

(3) *Id.*—Segunda Parte, cap. lx: De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

(4) *Id. id.*, cap. xxxiii, citado.

neado por dueñas, por desencantar á Dulcinea y á Altisidora. Él, que se burla del ridiculo autor del *Ovidio Español* y del *Suplemento al Virgilio Polidoro*, cuenta que vió desde la region del fuego «la tierra como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, y que se entretuvo con las Siete Cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una mezcla:» sátira finisima con que Cervantes quiso acaso burlarse de los nuevos patrocinadores de la experiencia, no ménos aficionados que los escolásticos ¡tanto puede la fuerza de los hábitos! á buscar lo increíble y extravagante como base de sus juicios; y culpa de que no están exentos ni Bacon, ni Huarte, ni Doña Oliva.

De lo dicho puede inferirse que Don Quijote y Sancho personifican los ideales místico y sensualista, constantemente contrapuestos en la vida moderna, y más quizá que en ninguna parte en nuestra España, pueblo el más ideal y el más práctico juntamente. ¡Lástima grande que en su historia verdadera, como en la fingida, estén casi siempre divididas, áun en el mismo individuo, tan estimables prendas!

Dada la falsedad de los términos con que se habia planteado la más árdua de las cuestiones metafísicas, la solución era imposible: por eso los dos personajes del poema cervantino concluyen por negarse: Don Quijote, al morir, pide albricias de que ya no es Don Quijote de la Mancha, sino Alonso de Quijada el Bueno, enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje (1); y Sancho, curado de sus ambiciones de mando, vuelve al cuidado de su casa y al gobierno de sus cabras.

IX.

Por peculiar excelencia tienen las bellas artes la de representar sus objetos segun la pureza de su idea, despojada de la vária accidentalidad con que en el mundo de las últimas y más

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Segunda Parte, capítulo LXXIII.

determinadas relaciones como que se confunde y oscurece. Así el juicio estético es, como el científico, universal y eterno; se adelanta á todo lo que le rodea; revela, y revelando educa. Yá hemos visto á nuestro autor mostrar la inanidad de los principios sobre que descansaba la edad en que vivia y que comenzaba apénas.

Mas es el arte como actividad no puede alimentarse de negaciones ni de dudas; en él todo nudo debe desatarse, toda contradiccion resolverse. Por eso á la oposicion sigue la composicion, al ideal de lo presente el ideal de lo porvenir, al poema la novela, *Pérsiles á Don Quijote*.

Caracterizados los tipos del poema hasta el punto de constituir verdaderas personalidades artisticas y circunscrito á nuestra España (yá hemos dicho por qué) el campo de su accion sencilla, aquí las reflexiones mismas se convierten en hechos, sólo los hechos hablan, y la magia del poeta consiste en hacerlos visibles y transparentes. Al contrario en la novela: su movimiento, tan rápido, que llega á hacerse confuso, parece medio de acreditar máximas que, aunque propias del personaje, no nacen del fondo del personaje mismo; su teatro, ¡presentimiento divino del genio! es toda la Europa culta; en una palabra, en el poema se hace, en la novela se piensa; el poema es claro como la intuicion de lo presente; la novela vaga como la alborada de lo futuro. Mas, por vaga que sea, es la conclusion estética que el genio de Cervantes, tan identificado con el de nuestra pátria, saca de las premisas del *Quijote*; es la contestacion que uno y otro suponen debe darse á la cuestion propuesta á la Europa y á la Humanidad á principios del siglo xvi. Por eso se ha dicho, no sin razon, que el *Pérsiles* resuelve lo que el *Quijote* deja planteado.

Todo ideal que no ha hallado aún su forma adecuada se significa, no se encarna; hé aquí á nuestro juicio explicado el carácter simbólico del *Pérsiles*, que claramente se muestra en sus dos principales personajes (Periandro—*περι ανδρος*—y Auristela—*auris stella*). Símbolo que se desvela al final, apareciendo cada uno de ellos con su verdadero nombre y condicion (*Pérsiles, Segismunda*). Mas no es ciertamente el argumento lo que más debe interesarnos. Como en el apólogo, sirve sólo para ani-

mar la sentencia, y por fortuna la sentencia es terminante.

Á dos cuestiones hemos visto que contesta principalmente la Filosofía en el período histórico que hemos examinado. ¿Qué valor tiene la individualidad? ¿Qué valor tiene la vida? Los místicos resolvían la primera afirmando la unidad de todos los hombres en Dios, unidad que ponían en el espíritu, que, como sustancia simplicísima, no admitía en su concepto diferencia; los sensualistas, partiendo del mismo dato y de la variedad de facultades é inclinaciones entre los hombres, inconcebible por sólo la existencia del alma, igual en todos, ponían en el cuerpo y la naturaleza el principio de esta variedad; y como tal variedad es el contenido entero del Sér, resultaba de aquí que el alma y la unidad desaparecían. Cervantes intenta vencer esta dificultad en el *Pérsiles*, «porque las almas (dice) todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y según la caja y temperamento del cuerpo donde las encierra, así parecen ellas más ó ménos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas más las inclinan (1).»

Lo mismo sucede respecto á la segunda cuestión. Negando el místico todo valor al individuo no podía concederlo á sus hechos; el éxtasis (la inacción) está sobre la virtud. Sólo Dios es; sólo Dios obra, y por consiguiente sólo Dios es responsable. Combatir, martirizar, anonadar al cuerpo que nos impide anegarnos y confundirnos en la esencia divina, tal debe ser nuestra conducta. Para el sensualista, por el contrario, el espíritu está ligado fatalmente con la Naturaleza, que nos hace buenos ó malos, imbéciles ó discretos: cultivar nuestras aptitudes naturales, hé aquí la educación; dejarnos guiar por la Naturaleza, hé aquí la vida. Mas en uno y otro caso el hombre desaparece: ¿cómo nó, si al reducir el cuerpo ó el espíritu á nominal existencia se le ha trocado con otro sér? Cervantes evita entrambos descaminos ligando lo mudable á lo eterno, viendo en nuestros pensamientos y en nuestros hechos una aspiración

(1) *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, Historia septentrional. por Miguel Cervantes de Saavedra, lib. 1, cap. XVIII.

incesante á lo divino. «Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, escribe, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que éste se tome, aquél se deje, uno se prosiga y otro se olvide; y el que más cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento (1).»

Sin ser milagro lo discorde amarse (2),
como yá habia dicho en la misma obra.

No es necesario demostrar que estas soluciones no satisfacen el problema, y mucho habria que censurar á Cervantes como filósofo, por no haber precisado sus términos; pero no juzgamos un sistema, sino que señalamos una cualidad de nuestro pensamiento nacional: apénas dos opuestos, que al principio no se consideraban como tales, se han reconocido como enemigos, el pueblo por boca de su épico ha declarado que la verdad está sobre los dos.

X.

El hecho más constante de nuestra historia filosófica es sin duda que en ella no nacen ni arraigan, cuando de fuera se importan, sistemas exclusivos. Séneca en la antigüedad, San Isidoro, Maimónides y Raimundo Lulio en los tiempos medios; Vives, Foxio Morcillo, Servet y áun los mismos místicos y sensualistas, expresan todos síntesis más ó ménos acabadas y comprensivas (3). Y cuando tras los dos siglos de sopor que el des-

(1) *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, lib. III, cap. 1.

(2) *Idem*, lib. I, cap. XVIII.

(3) Como se ve, citamos sólo por vía de ejemplo algunos de los nombres más ilustres y conocidos; pero es ley tan constante de nuestra historia filosófica, que á ella se debe la gran dificultad de clasificar á nuestros pensadores que ha experimentado todo el que se ha dedicado algo á estos estudios. Quizás no favorezca esto mucho á la consecuencia reflexiva y al rigor lógico de sus sistemas; pero en cambio revela un espíritu comprensivo, que por cierto la opinion comun está muy léjos de atribuirles.

potismo y la intolerancia impusieron al pensamiento ibero, despierta éste en medio de la Europa sensualista, no le seducen enteramente los maravillosos descubrimientos que en las ciencias naturales había alcanzado aquella doctrina, y de que por cierto ningún país estaba más necesitado que el nuestro; sino que, consultando su manera peculiar de ser en esta relación, reproduce Martín Martínez á Doña Oliva, rehácese á Huarte, y con esto se determina la dirección, predominantemente escéptica, que cuenta por jefes á Martínez y á Piquer; escepticismo que, por lo demás, no consiste sino en apartarse de toda autoridad exclusiva, adoptando lo que consideran mejor de todos los sistemas. ¡De tal modo en nuestra historia filosófica hasta la duda es afirmación, hasta la negación armonía!

Hoy mismo, las tres escuelas que cuentan más partidarios entre nosotros, son la escocesa, la hegeliana y la krausista, con marcado predominio de la última, es decir, tres escuelas con tendencia armónica: sólo á los extremos luchan positivistas y neoescolásticos, sirviendo como de defensa á la corriente filosófica, y encauzándola con sus aspiraciones contrarias.

¿Explicará esto, preguntamos nosotros ahora, la esterilidad relativa de nuestro genio filosófico? ¿Será que nuestro pueblo, como pueblo, esté destinado á no dirigir el pensamiento sino en los períodos sintéticos, tomando en los demás de los otros pueblos sólo lo absolutamente indispensable para que la reflexión no se apague y la vida racional no se extinga? ¿Es éste el testamento filosófico de Cervantes?



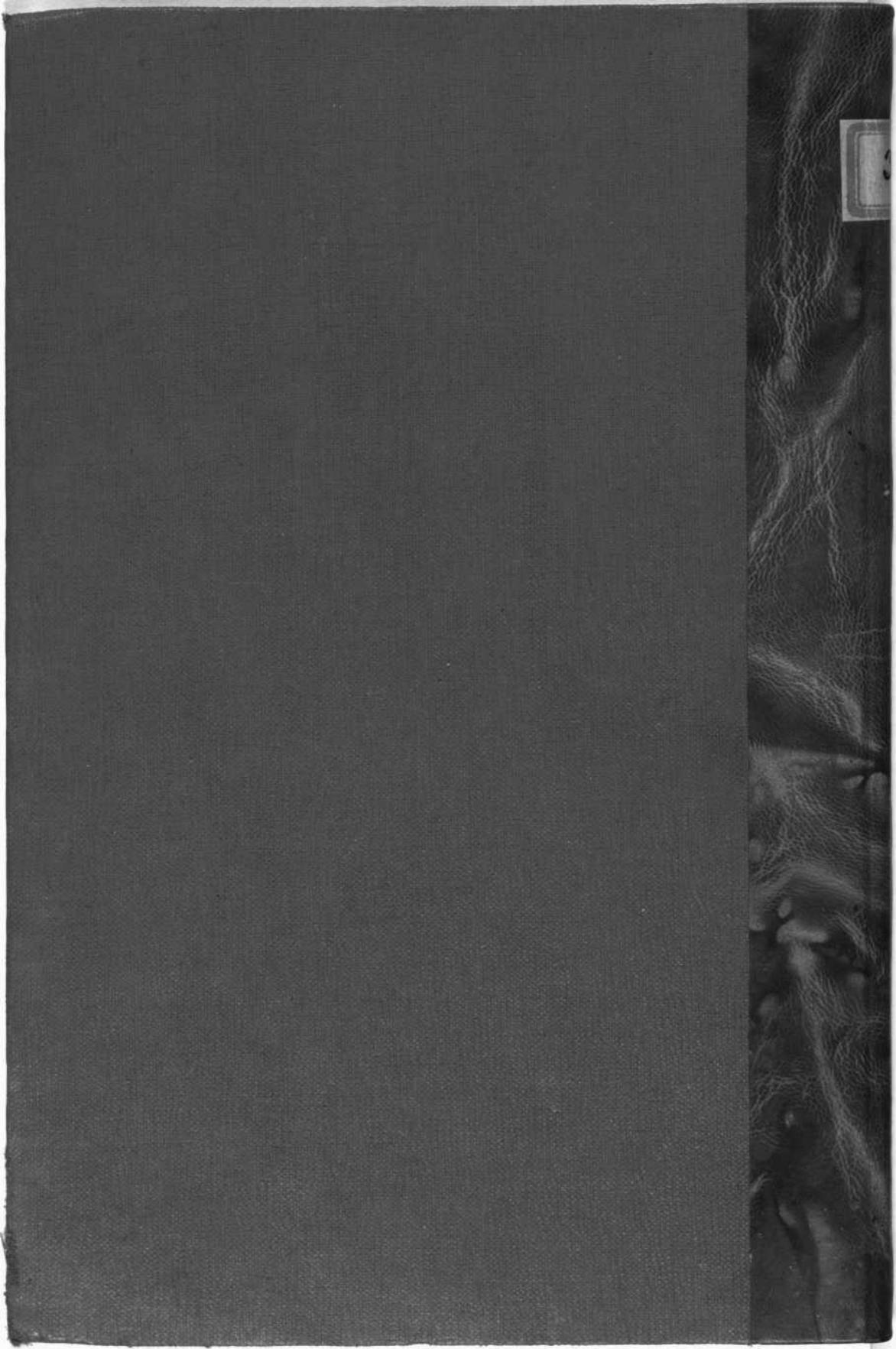




MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número <i>341</i>	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante <i>111</i>	Precio de adquisición..	
Tabla <i>1</i>	Valoración actual.....	
Número de tomos.		



341

CLASSICO - CHEIKH SAADHIS

ONLINE